

COMENTARIOS A UN DISCURSO

Por las dudas, no digo de ejércitos.
Salamanca, junio de 1919.

JOSE INGRANEROS

ESCRITA mi divagación—reconozco que lo es—sobre nuestra decretada autonomía universitaria, leo el discurso de apertura del curso de la Universidad de La Plata que leyó su presidente, el Doctor Rodolfo Rivarola, y vuelvo sobre el mismo tema.

Dice el Doctor Rivarola: «Tenemos los profesores que saben claramente para qué enseñamos y los alumnos saben también para qué asisten a nuestras enseñanzas». Así es, pero aquí por lo menos el profesor enseña para poder cobrar su sueldo y el alumno asiste para que le den el certificado, que le habilite el ejercer una profesión patentada. Ni más ni menos. Y esto lo reconoce el Doctor Rivarola.

Y quiero a este propósito recordar el caso de un profesor que estaba encargado de explicar una disciplina en cuya validez científica no tenía fe ninguna y que en vez de explicarla se pasaba el tiempo aleccionando a sus alumnos en otras cosas, y al reprochárselo uno un día y decirle: «Pues si usted no cree que eso por explicar lo cual le paga a usted el estado es ciencia ni cosa que lo valga, ¿por qué no lo deja?» replicó: «¡Quiá! Si yo lo dejo vendrá un barbero que crea en esa antigualla, como puede creer en la alquimia o en la astrología judiciaria y se pondrá a enseñarlo. ¡No! ¡Yo estoy aquí para impedir que otro explique semejante disciplina muertaj»

Sigamos con el Doctor Rivarola. El cual repite aquello de que «es urgente distinguir entre la elaboración de la ciencia y su aplicación, o sea entre investigar y hacer». A lo que sólo hay que añadir que aplicando ciencia se la elabora, haciendo se investiga. ¡Cuántos descubrimientos que luego han ensanchado el campo de la verdadera ciencia, de la teoría, no han surgido de una aplicación práctica! Lo que no quita, claro está, que los más trascendentales descubrimientos, y los que a la corta o a la larga han resultado más fecundos en aplicaciones prácticas empezarán por ser puramente teóricos y de un origen que la practicidad jamás hubiese dado.

El Doctor Rivarola sostiene que una escuela de agronomía es, o mejor, debe ser «una escuela económica destinada a preparar comerciantes de la agricultura y ella misma debe ser una casa de comercio agrícola para que sus alumnos puedan ser buenos comerciantes de la industria rural» y se pronuncia contra los que dicen que «las escuelas de agricultura son establecimientos de enseñanza y no de producción», argu-

yéndoles «que deben ser de productor para que se aprenda a producir». Pero creemos que en ninguna parte se aprende a producir mejor que en las empresas productoras y que ninguna escuela de agronomía substituye a una estancia agronómica. Y si el estado ha de fundar y sostener escuelas de agro-



DR. RODOLFO RIVAROLA

Actual Presidente de la Universidad de la Plata.
República Argentina

Caricatura de CENTURIÓN

(Ideas, Buenos Aires).

nomía, ha de ser para que se haga en ellas lo que un particular no puede hacer y es ensayos que por de pronto pueden resultar antieconómicos. La industria privada está sometida al comercio. Un fabricante se arruina si no es buen comerciante. Pero un estado tiene el deber de ensayar procedimientos industriales que resulten por de pronto antieconómicos.

El Doctor Rivarola distingue, claro está, entre un abogado y un legislador, entre un médico y un patólogo, pero acaso no tiene en cuenta que no suelen ser los médicos prácticos los mejores patólogos y que desde luego no hay peores legisladores que los abogados.

Dice el Doctor Rivarola que la organización universitaria argentina aspira a hacer principalmente profesionales o

sea técnicos, mediante métodos de investigación científica, que es lo mismo que pasa aquí, en España, y añade que no hay distinción positiva, bien clara, entre la preparación para la ciencia y la preparación para la profesión. Ni en rigor puede haberla. Y la experiencia enseña que un buen teórico, un hombre de ciencia pura, cuando su ciencia lo es, improvisa facilísimamente la aplicación y la aplica mucho mejor que el que llamaríamos el mero ingeniero. El Presidente de la universidad de La Plata recuerda que en Alemania hay una enseñanza puramente científica que se da—o que se daba al menos—en las universidades y una enseñanza técnica que se da en institutos especiales, pero se olvida decir—y decimos que se olvida, porque no dudamos de que lo sabe—que en las grandes fábricas de productos químicos de Alemania preferían para buscar nuevos procedimientos, para mejorar sus métodos de producción, valerse de doctores en química, de teóricos, de hombres de ciencia, para que se hubiesen preocupado de lo que podríamos llamar la filosofía de la química, que no servirse de meros ingenieros químicos. Hasta para perfeccionar una instalación de alumbrado eléctrico sirve mejor un físico que se haya preocupado de lo que la electricidad sea en sí que no un puro práctico que se encoja de hombros ante semejante problema.

El Doctor Rivarola cree que en la universidad argentina no hay la debida separación entre los dos fines, el de la ciencia pura y el de su aplicación. Es que acaso ni puede haberla, repito. Desde luego debe proscribirse la enseñanza de la pura aplicación. No tiene sentido alguno eso que se dice de ciencia aplicada. La ciencia aplicada no es cosa alguna sustantiva y que se sostenga por sí.

No creemos que deba ser función universitaria la de enseñar aplicaciones. A ningún Licenciado en derecho se le ha enseñado a defender pleitos en universidad. Y si se nos dice que en las facultades de medicina hay clínicas en que los alumnos ven enfermos y aprenden a curarlos, diremos que ningún médico aprende en rigor a curar hasta que no se pone a curar por sí mismo, y que acaso las facultades de medicina son las que deberían sufrir más honda reforma. Y que es triste cosa que los enfermos de un hospital clínico, de un hospital adscrito a la enseñanza, se convierta en lo que los alumnos llaman el material—«das Material»—o en algo así como en ranas o conejillos de Indias de fisiólogos. Que si ahora hay en Inglaterra quienes por amor a los perros protestan contra la vivisección de ellos, ¿qué diremos de los ensayos que se hacen en el «ánima vili» de los enfermos pobres? Y sin